

AYOHUMA

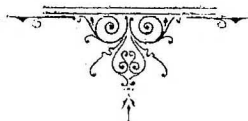
REMINISCENCIA HISTÓRICA

FOR

JOSÉ J. BIEDMA

LEIDA EN EL CLUB MILITAR EN LA NOCHE DEL

22 DE MAYO DE 1897



BUENOS AIRES

TALLER TIPOGRÁFICO DE LA PENITENCIARÍA NACIONAL

1897

AYOHUMA

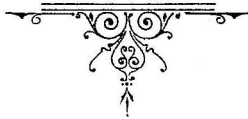
REMINISCENCIA HISTÓRICA

FOR

JOSÉ J. BIEDMA

LEIDA EN EL CLUB MILITAR EN LA NOCHE DEL

22 DE MAYO DE 1897



BUENOS AIRES

TALLER TIPOGRÁFICO DE LA PENITENCIARÍA NACIONAL

1897

Señor Presidente:

Señores:

Con vuestra vènia:

El Club Militar, noble agrupación de ciudadanos armados, servidores abnegados de la república, hónrase á sí mismo celebrando con la modesta pompa á su alcance, los grandes días de la patria argentina; y hónrame inmerecidamente con la muy agradable pero difícil misión de recordar á tan alto fin, ante tan escogido auditorio, alguno de los tantos hechos de nuestro corto y brillante pasado.

No me correspondía, ciertamente, y lo reconozco sin falsa modestia, ocupar el puesto de honor en la tribuna donde inteligencias más nutridas y vivaces podrían desplegar sus vuelos; pero la invitación tornóse en afectuoso mandato, y aquí me teneis, recluta en estas lides, demandando vuestra benevolencia, y cuadrándome, con su permiso, á la izquierda del veterano distinguido, capitán Moscarda, llamado á dar la nota alta y simpática en este homenaje de los militares argenti-

nos á la gloria pasada y presente del pueblo de que son fieles y celosos defensores.

En oportunidad como ésta, há dos años, decía en uno de los teatros de nuestra gran metrópoli:

«Los pueblos, como los individuos, ha dicho un filósofo contemporáneo, encuentran apoyo y fuerza en el sentimiento de que ellos pertenecen á una raza ilustre, que son los herederos de su grandeza y que deben perpetuar su gloria, siendo de una importancia capital que una Nación tenga trás de sí un gran pasado que contemplar. Es eso lo que afirma su vida en el presente, lo que la eleva y la sostiene, la ilumina y la transporta por la memoria de los grandes actos, de los nobles sufrimientos, de las valientes empresas de sus antepasados.»

Y exponiéndome á la crítica mordaz de los que nos acusan de patrioteros porque no comprenden que no es delito amar la patria con delirio, con exajeración si se quiere, agregaba estas palabras que fueron clasificadas de petulante audacia, pero que en el fondo de mi alma tienen el arraigo profundo de la convicción incommovible: «Ningun pueblo en la tierra, podemos decirlo con justificada vanidad, cuenta con pasado más corto y más glorioso que el pueblo argentino.»

«No tenemos que acudir á la historia de otros pueblos en demanda de ejemplos de patriotismo, virtud, abnegación, valor, que fortalezcan y edu-

quen nuestro espíritu. Los hallaremos todos hojeando el libro de nuestra historia nacional, sin acudir á los anales de las viejas sociedades europeas, como menesterosos de gloria, en busca de esas grandes enseñanzas morales que constituyen el patrimonio máspreciado de los pueblos, porque son un tesoro de honor».

«¿Porqué hablar de Napoleon y su famoso pasaje de los Alpes si tenemos un San Martin que hizo abatir la frente encanecida de los Andes al paso de sus legiones libertadoras? ¿Porqué recordar á Nelson ó á Gravina cuando podemos nombrar á Brown, á Azopardo y á Bouchard? ¿Porqué ir á beber ejemplos de civismo en agenas tierras y de extraños hombres si los tenemos de sobra en la nuestra y de nuestros padres que han fatigado á la gloria con la grandeza de sus hazañas?»

Mucho hé meditado en la excogitación del hecho ó del asunto que debia dar médula á mi modesto trabajo. Evoqué el pasado, desperté en mi cerebro la memoria de los grandes dias que reprodujo en sucesión vertiginosa los sucesos que entrañan sesenta años de la agitada vida de este pueblo: desde la aurora de 810 hasta la hora en que tronó el último cañonazo argentino en las serranías lejanas del Paraguay septentrional, y sentíme deslumbrado por el irresistible foco de luz que tiene rayos para iluminar con vivísimas, inextinguibles claridades, toda la extensión de medio continente, del mar Atlante al mar Pacífico, desde las frías

regiones del cabo de Hornos hasta los picachos del Ecuador, calcinados por su sol de fuego; claridades fugazmente veladas por intermitentes sombras de desgracia tras las cuales se eclipsa alguna vez á la mirada amorosa de la posteridad el azul y blanco que sirvió de lábaro á nuestros padres en su inmensa, prodigiosa cruzada por la libertad y el honor de nuestra América querida.

Un recuerdo, soldados argentinos que me escuchais, conturbó mi espíritu; sentí el aleteo de la muerte agitando el ambiente en mi rededor, pero sin el cortejo vergonzoso de la derrota cobarde, sin el baldon de la espalda dada al enemigo; y me dije: ¿por qué en la hora de la alegría no meditar un instante siquiera en la desgracia, por qué sólo recordar el triunfo arrobador, la diana de victoria, olvidando la amarga derrota, el desastre cruel ó el melancólico contraste, que siempre son una enseñanza?

Y dejé pasar de largo aquel pueblo de Buenos Aires que, venciendo en sus calles al leopardo inglés, arrancó de manos del heroico Beresford las banderas y estandartes que colgó después con piadoso sentimiento del cimborio de nuestras Catedrales; aquel pueblo que «al bajar la espada de las batallas no encontró á su frente ni enemigos que combatir, ni tiranos que obedecer»; los triunfadores de Suipacha, primera victoria que el esfuerzo de Balcarce ofrecia á la revolución argentina; los bravos del Tacuarí que con Belgrano

peleaban en razón de uno contra diez; los del Cerrito, que confirmaron estruendosamente el gran sitio de Montevideo terminado con la gloriosa rendición del 14; los impetuosos arremetedores de San Lorenzo, en las orillas del Paraná, ensayo primero de nuestros granaderos á caballo á cuyo lado San Martín probó que su morisco sable conservaba el temple de Arjonilla y de Bailén; los héroes de Tucumán y Salta, los eximios compañeros del creador de nuestra enseña nacional cuya ingénuo generosidad neutralizó los proficuos resultados de su esfuerzo; los inmortales veteranos de Chacabuco, Maipú, Curupaligüe, Gavilán y Talcahuano donde San Martín, Soler, Las Heras y tantos otros pelearon con denuedo y abnegación imponderable por borrar el eclipse de Rancagua tras cuyas penumbras se ocultaba la pálida y solitaria estrella, satélite en las costas del Pacífico del sol que, surgido de los senos del Plata, dió calor, luz y vida histórica á los pueblos sud-americanos comprendidos dentro de la proyección de su magestuosa parábola,

Y me detuve, Señores, en los campos de *Ayohuma*, abonados con la sangre de nuestros hermanos, inmortalizados por su desgraciado heroísmo, eternamente envueltos en la tristeza del desastre; en aquellos campos que nuestros vencedores creyeron, como después creyeron á Curupaytí, tumba de la gloria argentina, cuyo recuerdo podemos evocar con legítimo orgullo por-

que si es cierto que allí cayeron sus legiones, quedó de pié la Pátria, desgarrado el seno, abierta y sangrando la profunda herida pero grande, heroica, altiva y noble como en sus mejores dias!.

* * *

Señores:

El 18 de Mayo de 1810 sintió Buenos Aires el trémulo balbuceo de un Virrey que pedía gracia para la metrópoli caduca.

Un gran peligro amedrentaba al bravo luchador de Trafalgar, en tanto, lo ha dicho un profundo pensador argentino, «una esperanza inmensa pero vaga como la luz crepuscular inundaba el alma de nuestros padres».

En tal situación se celebró, hace hoy precisamente 87 años, el famoso Congreso popular, precursor del estallido tremendo que cambió la faz de los destinos de América y del que surgiría la nacionalidad argentina «con la solemne magestad de las grandes creaciones históricas».

A las doce de la noche la yá muda campana de nuestro cabildo anunciaba al pueblo que los heraldos de la revolución habían obtenido la deposición del mandatario que representaba entre nosotros: el despótico, feral absolutismo de un

Fernando VII, exhibido á la sazón en la picota de Bayona por el brazo poderoso de otro mandón audaz; y que quedaban depositados sus destinos en manos de un ayuntamiento infiel, cuya memoria ha sido torpemente santificada por nuestras autoridades comunales.

Si en alguien pudiera caracterizarse la acción del pueblo, el alma de la revolución de Mayo que no tuvo caudillos porque fué el esfuerzo de todos, en aquellos supremos momentos, seria en el ilustre Belgrano cuya actitud ha salvado del olvido un magnánimo prócer, el General Guido, cuyo hijo venerable dá tintes augustos á esta reunión con la plateada nitidez de sus canas, los antecedentes patrióticos de sus apellidos y los sentimientos generosos de su corazón. El nos ha referido que indignado aquel noble luchador, cuyo cuerpo cubría el uniforme glorioso de los Patrios, por la infidelidad del Cabildo en cuya decisión confiáran, exclamó en alta voz, llevando la mano á la espada, futura vencedora en grandes batallas: «juro ante la Pátria y mis conciudadanos arrojar al mandon por las ventanas de la fortaleza si nó dá paso mañana á la soberanía del pueblo»,

Fué la chispa que produjo el incendio.

Aquel dia comenzó á alborar la libertad en el horizonte del Plata; French nos dió los colores que después Belgrano combinaría á orillas del Paraná y bautizaría con el fuego y la sangre de

Salta, y el primer ejército, genuinamente argentino, rompía la marcha desde el entonces «Campo de la gloria», hoy plaza San Martín, en auxilio de los pueblos hermanos, llevando en las puntas de sus bayonetas el credo redentor de Mayo.

Y se produgeron aquellas homéricas campañas de la independencia en un espacio de tiempo en que no revienta de su crisálida la razón de un niño, tan corto fué; y en una región tan inmensa que abarca hoy la proyección territorial de seis naciones sud-americanas dentro de cuyo perímetro cabe la Europa actual; y en todo ese trayecto dejamos en cada campo de pelea un osario, en cada batalla un lampo de luz, y en cada pueblo una libertad que algunos emplearon en destrozarse en los furores de guerra fratricida, otros ni se cuidaron de agradecerla, mientras que los demás la abandonaban al antojo de un tirano ó la deponían á las plantas de un caudillo selvático que no comprendía sino la libertad de los adueros!

Rememorar aquellos hechos es tarea imponderable: desde el grito de Mayo, lanzado en la plaza de la Victoria por nuestros conciudadanos en nombre de millones de americanos esclavos, hasta el momento en que Buenos Aires sola se pone de pié en nombre de la América republicana frente á frente de la llamada Santa Alianza de los reyes absolutos de la Europa aherrojada, todo es grande, todo es heróico, sublime, y realmente se puede decir que

el brillo de la gloria argentina deslumbra la mirada y fatiga la mente del investigador extraño, como colma de noble y legítimo orgullo á los que pertenecemos á la raza.

* * *

Abreviemos, pues:

El ejército argentino vencedor en Tucuman y Salta, había continuado su marcha triunfal é invadido el Alto Perú en ejecución de su santa misión libertadora.

Los pueblos le saludaban alborozados á su paso viendo en aquellos sencillos soldados de la democracia á sus redentores de una opresión de tres siglos, á sus hermanos en la lucha y en el sacrificio; admiraban sus glorias, sus virtudes bien probadas, su estupenda abnegación; y hombres, mujeres y niños, jóvenes y ancianos, corrían á arrojar flores en su camino, traían las manos llenas de guirnaldas y coronas para las frentes de los bravos que desde mil leguas de distancia y abriéndose paso á bayonetazos, llegaban á ellos, llevando á la sombra augusta de los colores argentinos, las leyes inmortales de nuestra más memorable Asamblea Nacional.

La fortuna nos dió la espalda. Con sorpresa del enemigo mismo aquel ejército fué batido en

Vilcapugio. Pezuela hizo hidalga justicia al valor de nuestros soldados; y en verdad que la merecieron porque si bien fueron derrotados, demostraron allí una vez más que á justo título tenían ganada la fama conquistada á fuerza de brioso, indisputable coraje.

Mes y médio después de aquella derrota tronaba nuevamente el cañon argentino despertando los écos dormidos de la estéril altiplanicie peruana.

Habían salido de Vilcapugio, rodeando á su general y á su bandera, 400 denodados patriotas, reliquias preciosas de aquel ejército de bravos que habían escapado á la muerte imponiéndose á la muerte misma. «Hemos perdido la batalla» habíales dicho su general, «¡No importa!» «Aún flama en nuestras manos la bandera de la patria!» y para que ésta se perdiera, lo ha dicho en sus memorias uno de los combatientes, hubiera sido necesario que la muerte arrebatára al caudillo incontrastable.

Este se replegó sobre Macha y reunió allí un nuevo ejército.

Sobreponiéndose á la derrota le escribía á Ocampo estas varoniles palabras: «Fortaleza, ánimo, constancia y esfuerzos (nó de los comunes) son los que necesita la Pátria. Ella será libre é independiente si no nos amilanamos. Si en ese pueblo hay cobardes que vengan á Macha y sepan que no hemos de abandonar el puesto sinó cuando sea imposible sostenerlo. Aún hay sol en las bardas

y hay un Dios que nos proteja!»; y Ocampo, como Arenales y Warnes, respondieron á las esperanzas de su general ejecutando prodigios de actividad en beneficio de la reconstitución de las tropas.

El 13 de Noviembre de 1814 el general enemigo estaba nuevamente sobre nuestras posiciones que examinaba con su anteojo de campaña.

La mayoría de nuestros gefes y oficiales creía que debía entretenerse al adversario con operaciones dilatorias ántes de librar á una acción formal la suerte definitiva de la campaña; otros pensaban en la retirada, no porque les flaqueára el corazón, sinó que no tenían fe ni confianza en los escasísimos medios con que contaban.

A la vista de los *vivacs* de Pezuela, Belgrano reunió un consejo de guerra: la mayoría votó por la retirada. Belgrano se puso de pié, y con tono solemne, decisivo, dijo: «¡Yo respondo á la nación con mi cabeza del éxito de la batalla!»

Su decisión era irrevocable; el ejército avanzó en busca del enemigo.

En las pampas de *Ayohuma* se encontraron.

A las 10 y 1/2 del 14 de Noviembre, diez y ocho cañones rompían su tremendo fuego sobre la línea argentina. ¡De pié, señores, en memoria del primer caído cuyo nombre no conserva la historia pero que tiene amor y gratitud en nuestros corazones!

La artillería patriota contestó con ineficacia: sus balas no alcanzaban á taladrar las filas con-

trarias en tanto que sus flanqueadores avanzaban rodeando á los nuestros con un círculo de aceradas bayonetas.

«Cansado Belgrano, dice el general realista García Camba, de sufrir inactivo el daño que le causaba la artillería española, marchó de frente con resolución y á medio tiro de fusil rompió el fuego sobre nuestra línea que, adelantada también á la loma de su frente, contestó con mucha firmeza y muy buena dirección.»

Belgrano dispuso que el denonado Zelaya apoyara el avance de la infantería cargando con sus ginetes, lanza enristrada, á la derecha contraria. Allí estaba toda la caballería enemiga reforzada hasta con la escolta del general en jefe, y como éste previera su debilidad para rechazar la impetuosa acometida de nuestros 400 gallardos bravos, aumentóla con dos batallones de infantería y 10 cañones.

La carga de uno y otro, caballería é infantería argentina, fué simultánea: la una á bayoneta, la otra á lanza y sable. Zelaya se estrelló contra la masa de bronce que se le oponía: 150 cañonazos á metralla y los fuegos cruzados de la infantería, abrasaron y destrozaron su columna abriendo en ella hondos claros; y rotas sus legiones, despedazados sus ginetes, tuvo que retroceder porque la empresa era imposible, en momentos que nuestros intantes tomados por la espalda por los flanqueadores enemigos eran ma-

terialmente fusilados por vanguardia y retaguardia.

La batalla estaba perdida. No traeré en estos momentos á juicio militar al general que la dirigió, porque sobre sus errores tácticos en ella se cierne la grandeza de su espartano corazón.

La batalla estaba perdida, pero con insigne honor: nuestros soldados despertaron la admiración de Pezuela que asegura en su parte, refiriéndose al horrendo cañoneo inicial, que la línea argentina se mantuvo con tanta firmeza que parecía haber echado raíces en el terreno que ocupaba.

Torrente, el historiador realista que ciega la pasión, el odio á los insurgentes, reconoce, empero, que los nuestros «pelearon con el más desesperado valor contra las tropas del rey y que el ataque de la caballería fué tan impetuoso que parecía irresistible, pero el horroroso fuego de artillería fué dirigido con tanto acierto, y conservaron tanta serenidad é impavidez todas las tropas que fué victoriosamente rechazada aquella furiosa carga.»

Yá no quedaba esfuerzo por emplear: la victoria huía de nuestras filas sin remisión.

Belgrano, como en la hora solemne de Vilcapugio, se retiró sobre una pequeña lomada de aquel campo funesto, clavó en su cumbre la bandera de la Patria, é inició el toque de reunión.

Sonaba el parche lúgubrementemente; los clarines tenían écos dolorosos, sus notas metálicas, vibran-

tes y agudas en otrora, parecían sollozar con la pena de las supremas angustias....

Llamaban á los vivos y los vivos eran muy pocos; fueron llegando y rodeando á su general que con ceño entristecido pero noblemente severo contemplaba aquella llanura cubierta de muertos queridos, sembrada con los sangrientos despojos de aquel ejército que prometiéndole la victoria había llevado al desastre, de aquellos soldados, que si no pudieron vencer supieron morir de tal suerte, que arrancaron á su afortunado triunfador el elogio más grande que nunca jamás se hizo de tropas argentinas!

Y es precisamente, Señores, esta circunstancia especialísima la que me ha inducido á pronunciar con doloroso orgullo en estos instantes de alegría el nombre de *Ayohuma*; á traer á vosotros su recuerdo, soldados argentinos herederos de la gloria de aquellos mártires, porque vencidos, derrotados en ella, el desastre se irguió en favor de su reputación; y si merece respeto el soldado que se impone á la admiración de los demás aureolado por los prestigios de la victoria ¿qué merecerá aquel que lo obtiene en el contraste, haciendo brillar con su heroica abnegación el polvo mismo de su derrota que al caer sobre sus banderas las torna más lucientes porque han sido honradas con el sacrificio sin más allá?

Es en la desgracia que se temple el carácter, que se aquilatan las virtudes así del individuo como

de los pueblos. El contraste entraña, generalmente, más enseñanza que el triunfo mismo; y recoger esa enseñanza para trasportarla á la posteridad es la fecunda misión de la historia; la derrota de ayer previene tal vez la de mañana, ó prepara el triunfo del porvenir, señalando los obstáculos en que escollaron lo que nos precedieron en la lucha.

Los grandes ejemplos de abnegación y fortaleza de carácter de nuestros antepasados, preparan y modelan el nuestro, habilitándonos ó incitándonos á imitarlos; y si tenemos fé profunda en el grandioso porvenir de la patria, si tenemos constancia y esfuerzos en su favor, la patria será grande y será fuerte aunque se opongan á ello todos los reveses de la fortuna, que no será más poderoso que nuestro brazo, nuestro corazón y nuestra cabeza puestos ilimitadamente á su servicio.

Estudiemos nuestro pasado en la desgracia y veremos que es más aleccionador que nuestro pasado en la fortuna: se retempla el espíritu, se cobra ánimo férreo, cuando se recorre imaginativamente un campo de sacrificio como el de *Ayohu-ma*; cuando se distinguen tendidos en sus tétricas soledades los cuerpos de los muertos amados, parece oírse la imprecación rabiosa ó la queja amarga de los postrados por el hierro contrario, se escucha el tristísimo toque de reunión para los restos escasos que han escapado á la varáGINE del desastre y se contempla á un general argentino, cubierto

su rostro con el polvo de la batalla y sombreado por el tinte de las melancolías supremas, presidiendo aquella escena al pié de la desgarrada bandera de la Patria que flamea al viento con los amores de la madre que llama á sí sus hijos en desgracia!

Ah! Este cuadro hierde más el corazón y la mente, dice más al alma argentina, que las dianas triunfadoras de Chacabuco y Maipú, porque enseña lo que es más difícil que vencer: enseña como se debe morir cuando no se puede triunfar por la Patria!

